

**PREGON SEMANA SANTA
BAENA 2019**

Juan Carlos Roldán Sillero

Escucha Baena, se hace saber...!

Que de domingo a domingo, siete días van,
siete días grandes del Señor,
de domingo a domingo, triduo pascual,
pasión, muerte y resurrección.
Baena se embellece entre glorias y penas,
entre dos domingos radiantes,
para recibir al Redentor,
con el alma en un puño, suspirando de emoción,
que llegados estos días, cada uno y cada cual,
cambiaremos nuestro ser,
por penitentes y figuras,
inundando nuestras calles de incienso, cera y tambor.
En esta bendita semana, tan esperada y soñada,
de domingo a domingo,
venid baenenses, venid,
airead las túnicas y capas,
blanquead las fachadas,
abarrotad aceras y balcones,
las palmas en las manos,
misericordia en los corazones.
Que se acerca el mas grande y esperado,
de domingo a domingo, el amor de los amores.
Siete días van, venid baenenses venid,
que suenen los tambores, tremolad las banderas,
abrillantad corazas, fondos y morriones,
que Jesús ya esta cerca de la Puerta del Ángel.
Acudid prestos paisanos y preparad los corazones.!

Estimadas autoridades, Consiliarios, Alcalde y Concejales, Hnos. Mayores, Cuadrilleros, amigos y hermanos, los de vida y los de sangre. Queridos padres, y queridas vosotras dos, mi amada esposa e hija, por estar siempre conmigo, para mí, ya lo sabéis, sois lo mas grande. Gracias a todos por estar aquí. Y también gracias a María por cederme el testigo, por tu atención. El año pasado fue un privilegio escucharte, y hoy me siento humildemente honrado de entrar a formar parte de esta gran familia de de cofrades, que con tanto cariño, con tanta pasión y sentimiento, han proclamado y elogiado nuestra Semana Santa. Gracias de nuevo María, por tus amables palabras hacia mí, por traspasarme el turno y el verbo.

Aquí comienzo un relato, una historia que no es un cuento, es la vida misma, la que todos bien conocemos, podría ser también la vuestra, pues no es más que el fiel reflejo de lo que amo y de lo que siento. Todo tiene un comienzo, y el mío y el vuestro, comienza en el vientre de una madre, en una familia, en un nacimiento, en una pila con agua bendita, en la forma de educarte y formarte. En la infancia, en el cariño de unos padres, en la senda que nos marcan, y en su ejemplo. Ese camino que nos ha traído hasta este presente, un presente que es directamente consecuencia de nuestro pasado, de un pasado pleno de vivencias y de bonitos recuerdos .

La mía, mi infancia son recuerdos de un patio, pero no el de Sevilla de Machado, mi patio, es el viejo patio porticado de Santa Marina. Y son recuerdos de un desvencijado cocherón, de unas pesadas andas de madera, de cientos y cientos de claveles de plástico, de cañas y alambres en cajas de cartón. De la nave de la Iglesia medio vacía. De túnicas celestes, y revuelo de mantillas, de una dolorosa María, y de dos cristos, uno preso, y otro humillado que hizo envolverme en túnicas verde esperanza. Mi infancia son recuerdos del viejo paseo del pueblo y un antiguo y sencillo parvulario. De una maestra frágil y menudita llamada María Luisa, y de sus libros ilustrados del Antiguo Testamento.

Mi infancia son recuerdos de un Cristo en San Bartolomé, de sus pies gastados a fuerza de besos y caricias. De un cura bueno llamado D. Salvador, de sogas y campanas que hacíamos sonar con pasión. De la Adoración Nocturna Juvenil y la fiesta de las espigas. Mi infancia son recuerdos de procesiones de críos, siempre a destiempo, soñando con cohetes y misereres.

No es poco, es realmente el motivo por el que hoy estoy aquí. Ahí, se sembró la semilla de mi amor por todas estas cosas. Y también la de la Fe, que es la que motiva, anima, fortalece

y nos hace estar siempre junto a El, con nuestro Señor, y El, siempre con nosotros. Así nos lo recuerda San Pablo en unos versículos del Libro de Romanos:

“Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor.

(“Romanos 8.38–39”)

Baena Cristiana.

En una milenaria encrucijada de senderos y caminos, entre la campiña y la sierra, encaramada en un cerro..., y sobre un verde mar de olivos.... te alzas majestuosa Baena. Y no es por casualidad que lo primero que vea como primicia de tu grandeza, sea un hermoso campanario acariciando el cielo..., Torre que en el perfil del blanco caserío destacas, torre de Santa María la Mayor. Eres torre mariana que a los cuatro vientos y desde hace siglos, con tus legendarias campanas, las glorias de este pueblo tú proclamas.

Baena, tú que descansas sobre un colchón de recuerdos dormidos..., de épocas pasadas..., de gloriosos tiempos antaño vividos, y que en las piedras de tus murallas aun resuenan los ecos de tu célebre poderío. Sabes Baena, tu tierra, tu tierra es..., tierra sagrada..., tierra de gente leal y de noble señorío, que bajo estandartes y pendones, defendieron el baluarte y la Fe cristiana de este pueblo.

Tú me gustas Baena. Y me gustas en la cercanía y en la lejanía, cuando en el horizonte te veo despuntar entre ese océano de olivos, en el que apenas asoma ese faro vigía que es la Torre de las Arqueras. Me gustas en el bullicio del ensanche y en la tranquilidad de la Almedina. Cuando de lejos te contemplo, y cuando en ti me adentro..., pausadamente, por tus cuevas y por tus llanos, por tus avenidas y por tus callejones, en tu inmensidad y en tu pequeñez. Y es así, en ese momento de intimidad...de encuentro, cuando mas me doy cuenta, Baena..., lo dentro que estas de mí.

Tú me gustas Baena..., cuando me pierdo por la Almedina, corona del barrio viejo..., y veo tus casas descolgarse bajando por el cerro... Y me encanta cuando los rayos del sol

inundando de luz la blanca cal de tus callejuelas, resaltan aún mas tu belleza de pueblo andaluz...

Baena, yo te quiero, y en lo más profundo de mi ser, como a flor de piel, siempre te llevo... Tus calles, tus casas, mi gente, mi pueblo..., son los que hacen mi corazón latir, y sentir esto que ahora siento.

Y hoy, me acerco a ti Baena, sol radiante, luna llena, blanca y negra..., embrujo de la campiña, alforja de gracia plena... Y lo hago a pecho descubierto, con el alma desnuda en mis manos..., y como un adolescente te declaro mi amor, Baena.

Por eso, hoy y por siempre..., aquí y donde sea:

Permíteme abrazarte y soñar contigo Baena,
Descalzarme, hundir y sentir mis pies desnudos en tu tierra,
Asomarme a tu atalaya, y contemplar la campiña rendida a tus pies regios.
Encaramarme a la cimera de tus torreones, y envolverme en la calidez de tus atardeceres.
Déjame llorar y reír contigo Baena.
Acercarme y empaparme un año más con tus tradiciones.
Vibrar con el eco de tus tambores.

Formar parte de esa Baena que en duermevela espera el ansiado momento, en el que un cohete anuncie la Cuaresma, las vísperas, esos cuarenta días de verdadero sentimiento. Dedicados y entregados a Jesús nuestro Señor. Y es que aquí en Baena se cumplirá lo escrito, la profecías de Zacarías, ***“traicionado, abandonado y herido”***.

Baena se tornara Jerusalén, y desfilaran por ella... judíos, romanos, apóstoles y profetas. Si, aquí en Baena, Señor!, se cumplirá la sentencia.

Aquí, se representaran los mas grandes de tus misterios.
Aquí, serás vendido, prendido y humillado.
Aquí, serás azotado, crucificado, amortajado y glorificado.

Con la venia Señor... a este humilde pecador, que se atreve a poner tu nombre en su boca. Me acerco a Ti Señor, seguro y confiado. Yo, que en palabras de San Agustín, no soy mas que tierra y ceniza. Porque sé que el perdón en es infinito en Ti, y que un corazón

quebrantado y humillado, Tú no los desprecias. Pues aquí tienes el mío, despojado de toda vestidura y condición, pidiéndote perdón, a Ti... y a mis hermanos Señor.

Como sino atreverme a poner tu nombre en mi boca?

Por que Señor, Tú eres aquí en Baena, el Crismón que nos ilumina, el principio y el fin, el alfa y la omega. Tú eres para este pueblo... faro y guía de la Fe y la devoción.

Y también, hoy, te doy las gracias Señor, porque me diste el ser y el estar aquí en esta tierra, en Baena. Donde me diste el amor de unos padres, y bajo su amparo me crié por estas calles, donde crecí, jugué y soñé.

Por eso, hoy, lo digo... alto, claro y fuerte..., que soy de Ti Señor, y que soy..., de Baena. De esa que en estos días vaga emparedada entre sonrisas y penas, que da lo mejor que tiene, que sin condiciones, se muestra y se entrega, entre corazones que vuelven y corazones que esperan.

Sí, en mis venas te siento, en mi sangre y en mi cuerpo, sí... que soy de Baena, y hoy aquí me tienes, mi voz y mis labios son tuyos, y a Ti me entrego Señor.

Fe, devoción y tradición.

“Si no quieres desazones no entres en congregaciones”

Es un castizo refrán medieval, que por lo que se ve nunca fue muy popular aquí en Baena. Y es que no será en una, sino en dos, tres, o más, las hermandades o cofradías a las que se suele pertenecer. Se podría decir, que casi antes de nacer uno ya está predestinado a ello. Seguro que a la que pertenecen tus padres, o la de tus abuelos. Aquí esto es tan natural como bautizarse, o apuntarse en el registro civil.

Y es así, viviendo desde pequeño toda esta santa experiencia, como el gusanillo ese que te entra, ya no consigues sacarlo en toda la vida. Así comienzas a caminar casi sin saber andar, de la mano de tus padres, con tu pequeña túnica, tu casco de cartón, y con un cirio

o un tambor mas grande que uno mismo. Empiezas a descubrir este maravilloso mundo, convivencias, experiencias, momentos compartidos, emociones, complicidades y amistades eternas. Con los años, reuniones, asambleas y cabildos. Hasta que sin darte cuenta has sucumbido a tanta grandeza, y ya no puedes escapar. Ya formas parte de algo..., de algo tan grande que traspasa lo entendible, formas parte de una gran familia, la familia de la Semana Santa.

Semana Santa, de Baena, la nuestra, la que tanto amamos, valoramos y respetamos. De alto interés emocional, y patrimonio espiritual de nuestro pueblo. Tan igual a tantas otras en la Fe, y tan distinta a todas en el sentir. Con nuestras peculiaridades y singularidades basadas en una tradición heredada. Tradición que es, sin duda, la fuente donde bebe la religiosidad y devoción popular. Tan enaltecida como denostada, pero que durante siglos ha afianzado y acrecentado la Fe de nuestro pueblo.

Fe y Semana Santa..., Semana Santa, tan joven y tan vieja, tan llena de historias, de esplendores y decadencias, de triunfos y fracasos, pero siempre superados por la Fe que es el rescoldo que todo lo aviva. La Fe es el caballo que tira del carro de la devoción y la tradición.

Porque sin Fe..., sin Fe no hay nada, sin Fe solo esta el vacío. Sin Fe esta la desesperanza, sin Fe...no hay camino. La Semana Santa, no es ni más ni menos que una hermosa expresión y testimonio público de nuestra Fe. Sin Fe...aún sin querer, aún sin darnos cuenta, sin Fe...no hay Semana Santa.

La Fe es el nudo del cordón que nos ciñe la túnica, el cordel que arma y tensa el tambor. Por la Fe peticiones y promesas. Y en la Fe descansa nuestra confianza en la vida eterna.

Fe, devoción y tradición, tres hermosas palabras, que son secreto de fortaleza y supervivencia cofrade. La devoción es la que nos conmueve, la que remueve sentimientos y pasiones, la que nos hace lanzar al aire promesas y saetas. La que nos hace alzar la vista y mirar de esa forma, como solo se puede mirar a una sagrada imagen. La de seguir su estela, la que nos hace correr de esquina en esquina para volver a verla. La que nos hace abrirle las puertas, las de casa, y las de los corazones. La devoción es llama en los lampadarios, es honra, respeto, veneración, y es oración en los labios.

La tradición es esa que te mueve hacer la maleta y desandar kilómetros, volver a tu tierra, levantarte todos los años a la misma hora, andar los mismos pasos, recorrer las mismas calles. Vestir la misma túnica, colgarte una cola, blanca o negra, dar tirones a un cordel y tensar los pellejos.... Y junto a la Fe y la devoción, murmurar entre dientes oraciones y peticiones, e hincar la rodilla en la misma losa, ante la misma imagen.

Las tradiciones, son las que imprimen carácter e identidad a un pueblo. Por eso, Baena no se concibe sin su Semana Santa, que nos convoca, nos une, y nos significa con identidad propia. Es algo tan grande, tan extraordinario, que generación, tras generación sobrevive y sobrepasa a todo lo mundano y humano. De tal inmensidad, que no se llega a entender si no te sumerges y la vives desde dentro. Porque nuestra Semana Santa, no esta echa para contarla, sino para vivirla. Porque incluso, mucho mas allá de la forma de celebrarla, o de expresarla, la Semana Santa es un sentimiento. Y como se puede explicar los sentimientos?... lo que uno siente tan adentro?... Por eso no hay ni habrá una sola Semana Santa, hay miles, tantas como personas somos... cada cual con sus sensaciones y sus momentos.

Como se puede explicar nuestra Semana Santa, como transmitir un sentimiento tan arraigado, cómo mostrar lo que cada uno siente y ama. Lo que por tus venas corre desde la infancia, lo que vives a flor de piel, o los recuerdos que a traición año tras año te asaltan.

Como se puede explicar ese escalofrío que sientes al escuchar el primer redoble, o cuando de una garganta rota vuela al aire una saeta, o suena una marcha romana entre tambores y cornetas. No se sabe muy bien, en que momento te das cuenta, que la Semana Santa es mucho más de lo que ves. Que te abraza, te atrapa y te envuelve, y que la Fe, la devoción y la tradición están en cientos de detalles que te rodean.

Están en el vello a flor de piel, en cada golpe de campana, en unos pies descalzos cumpliendo una promesa, en las manos primorosas de las camareras, en los trompeteros que llaman, y en ese ritual traspasado de abuelos a nietos. Están en los plumeros multicolores bailando con el viento, en la gente arremolinada en torno a los prendimientos, y en las cadenas arrastradas anunciando al Redentor muerto. En las puntadas de los bordados, y en los balcones llenos de flores, y en los tronos, y en sus portadores.

Están en la filigrana de los trajecillos blancos, en la Cruz de Jaspe, y están en la gente sencilla proclamando el Evangelio. Y en el milagro de las rosas que porta en sus manos San Diego, y en el beso de Judas, y en las negaciones de San Pedro al pie del castillo viejo. En los Santos Oficios, en los Sagrarios, en los veladores del Santísimo, fieles custodios de tu cuerpo. Y en el perdón del miserere, y en la bendición del Nazareno. En la temblorosa llama de una vela, y bajo el capirote de raso entre lágrimas y rezos. Están en el canto del ángel, y en el costalico romero, en las turbas recogiendo, en las cuentas del Rosario, y en ese gran cortejo celestial que nos mira desde el cielo.

Y están en el Domingo de Ramos, en ese torrente de niños, que llenos de alegría van bajando desde el cerro. En su pequeño tambor, en sus pequeños rezos, y en el inmenso amor de madre prendido de capas y pañuelos. Están en esa ilusión tan grande que no les cabe en el pecho, en el brillito de sus ojos, y en la emoción de sus padres viéndolos imitar sus gestos.

En el maravilloso legado que dejamos en sus manos, que no se pierda nunca Señor, que perdure por siglos algo tan sencillo, tan noble y tan nuestro. Que no nos falte nunca Señor, ese gran torrente de críos perpetuando nuestra Fe, devoción y tradición, entre palmas y ramas de olivo, proclamándote desde el cerro.

La corona del anciano son sus nietos; el orgullo de los hijos son sus padres.

(Proverbios: 17,6)

Y de esta manera tan sencilla, pero a la vez tan sublime, nos encaminamos hacia la Pascua aquí en nuestro pueblo, en Baena. En esa radiante mañana en el que todos, absolutamente todos, sin poder evitarlo, amanecemos siendo un poquito mas niños. Porque ay Señor!..., ay quien pudiera! ser de nuevo un niño..., quien pudiera ser de nuevo niño un Domingo de Ramos en Baena. Si eso pudiera ser, aunque por unas horas fuera..., de la mano de mis padres subiría la carrera. Madre date prisa..., no te entretengas, que Jesús y la borriquita en Santa María me esperan. Ay...Ay quien pudiera ser de nuevo un niño, un Domingo de Ramos en Baena!. Que con la ilusión y los nervios esta noche, ni dormir he podido siquiera, padre, cógeme en brazos, aligera, que por la Puerta del Ángel Jesús ya está entrando en Baena,

Y Baena comienza a andar, y comienza a soñar a los pies de esa pequeña catedral, que desde la cima del cerro, siempre anda bendiciendo nuestras tierras. Sentimientos y emociones la Almedina sobrevuelan, al son de pequeños pasitos que avanzan cumpliendo la profecía entre vivas y alabanzas. Y Jesús, contemplando todo esto, sobre elevado desde sus andas, sonrío viendo tanta chiquillería jugueteando con las palmas. Ay... Ay Señor quien pudiera!, ser de nuevo un niño un Domingo de Ramos en Baena, y ser pequeños heraldos de Cristo, y ser prefacio de lo que en esta sagrada semana nos espera.

Baena, ahora se dispone a despertar del sueño de los benditos,
con la inquietud sincera de volver a cumplir de nuevo.
Porque Baena, perseverante en su legado, fiel a sus tradiciones,
y así desde hace centenares de años,
siempre cumple, siempre vuelve,
Y es que Baena se transforma, año tras año,
al sentir en su rostro el albor de la primavera.
Es esa Baena de brazos abiertos, acogedora y sincera.
Es esa Baena adormecida que siempre anda soñando,
la que ahora se despereza cuando el eco de los tambores,
por los patios tímidamente suenan.
Esa Baena que de miserere en miserere va cumpliendo la Cuaresma.
Es esa Baena que entre aroma a incienso,
hasta el cielo en estos días se eleva.
Es esa que cantará y proclamará,
que existe una Baena penitente, una Baena que reza.
Una Baena que impaciente se despierta,
cuando aún brillan las estrellas,
donde los dedos acarician trenzas blancas y negras.
Es esa, en la que metales labrados, centelleantes, deslumbran y destellan,
La que se ciñe tahalís al cuerpo, fajados, de donde los tambores cuelgan.
Esa Baena donde las agujas bordan flores y cruces de hilo, en encarnadas chaquetas.
La que con sortijas al cuello prende... miles de arco iris... en pañuelos de seda.
Y es esa Baena... que con Cristo conversa, con el lenguaje...
con el idioma... del corazón... y el de las baquetas.

**“Dios, Dios mío eres Tú; De madrugada te buscaré”
(Sal. 63. 1.)**

De todos los espectáculos que nos ofrece la naturaleza, para mí, uno de los mas grandiosos, es el amanecer, momento cumbre y frontera entre la noche y el día. Verdadero milagro que nos ofrece Dios a diario. Y que solo esta reservado para unos pocos privilegiados, solamente para los decididos, o los obligados, en escamotear unas horas al sueño, pues esto, lógicamente sucede cuando la mayoría del mundo duerme. De todos ellos, de todos los amaneceres, hay uno para el judío y su tambor, tan esperado como soñado, y que es realmente la mejor entrada, la mejor bienvenida, el mejor pórtico aquí, en Baena, para el Miércoles Santo.

Cuando aún reinan las sombras, cuando aún las estrellas centellean en el firmamento, cuando aún el pueblo se arrulla entre la almohada y el sueño. Cruzo la puerta y en la penumbra me pierdo, un rayo de luna me alumbra, y me pregunta curioso, donde vas tan de mañana?..., Con todos los arreos puestos?

Voy a echar las cajas, a cumplir con la tradición..., como siempre nuestros padres hicieron, como así también lo hicieron nuestros abuelos..., Aquí..., aquí los llevamos en el recuerdo, siempre nos acompañan cuando recordamos estos momentos. De nuestros seres queridos, de esos que ya a la gloria se fueron, como testimonio de su presencia, llevamos con nosotros algún que otro recuerdo, un plumero, un casco, o pañuelo. Y también, sus corazones..., sus corazones..., en el latido del pellejo. Con nosotros vienen siempre convertidos en judíos eternos.

Voy a reencontrarme con unas calles de nuevo, son las calles de mi querido y viejo pueblo. Arropado por un buen grupo de amigos, coliblanco y colinegro. Templad, templad los pasos amigos, que el día es largo, y viene intenso. El sonido de los tambores se extiende rompiendo el silencio.

Despierta Baena despierta, parece murmurar el viento.

Los tambores peregrinos igual suben que bajan, dibujando rojos reflejos de chaquetas en las fachadas encaladas, y sembrando zumbidos de baquetas que nuestras sienas traspasan. Las claras del alba avanzan lentas y calladas, robando negrura a la noche, y los primeros rayos de sol deslumbran en nuestras caras.

Despierta Baena despierta...

Encaramos las cuestas con paso firme y decidido, las manos y las baquetas en un redoble largo y sostenido. Retengo el paso, me sosiego, aspiro aire fresco que me hace sentir mas vivo. Quiero grabar en mi mente cada silueta, cada destello, cada gesto, cada momento vivido. Y así, poquito a poquito, conquistada la Almedina, vamos descubriendo de nuevo a Baena entre errantes y embebecidos.

Despierta Baena despierta...

Recorreremos callejones y plazuelas sin rumbo ni destino, el tambor que suena a gloria, entonando un himno bendito, alma y corazón en el tambor van fundidos. El sol se despereza reclamando sus dominios, lanzando destellos dorados en el metal bruñido, y deslumbrando al peñón de San Marcos, que a lo lejos, nos contempla rebosante de luz prendido.

Despierta Baena despierta...

Sol caliente, brisa fresca y fulgores de esperanza que acarician los sentidos. Tradición, rituales centenarios, abrazos, pan, aceite y vino. Una mañana que avanza, entre redobles, emociones y suspiros. Templad el paso, templad el paso amigos, que quiero que pase lenta, que no caiga en el olvido. Acompasad el toque, que suenen los tambores, que suenen, que se desborden los sentidos, que Baena esta mañana... es reino Judío!.

“Mi alma esta triste hasta la muerte, quedaos aquí y velad conmigo”

San Mateo 26: 38.

Tarde de Miércoles Santo, en las faldas del caserío, muy cerquita de un arroyo llamado Marbella, habita un antiguo convento franciscano. La cofradía se prepara mientras el sol, rayando el horizonte, inundando el templo con sus últimos destellos, ya se marcha agotado. Siempre me pareció de sublime belleza estos instantes, la gama de colores, los reflejos. Todo lo conjugable se compagina, para convertir este espacio en un verdadero poema de luz. De una luz que se resiste a abandonar el día, no sin antes besar el rostro de un triste y arrodillado Jesús, que implorando consuelo alza la mirada al cielo.

El Miércoles Santo se difumina, como una acuarela, entre aromas de lima e incienso, adentrándose en la profundidad de la noche, en la oscuridad del huerto.

Por las huertas de Baena se barrunta un triste presentimiento. Negros presagios de muerte revolotean en las saetas, mas no habrá letra en este mundo que refleje tu mayor dolor. Y no puedo Señor, que no puedo mirarte a la cara, sostener tu mirada sin estremecerme. Quien podría desentenderse, ni conmoverse, ante este Cristo imponente, ante su rostro amoratado, el amargo rictus de su frente, ante los verdugazos de su espalda a la columna amarrado, escarnecido y desfigurado. Donde quedó la misericordia del hombre, donde la compasión. Fuiste ira de la iniquidad y de la mentira, acusado engañosamente por labios llenos de falsedades. En Ti, esta noche vemos la injusticia, y la violencia del hombre para el hombre..., y del hombre para Dios. Entre ronco batir de baquetas continuas tu camino Señor, y aunque destrozado y malherido, quedamos admirados de tu hermosura. Benditas las gubias que te esculpieron, y las manos que te soñaron.

Sufriste el abandono, fuiste escupido y despojado, Tú que eres el cáliz de todas las virtudes Señor. Fuiste coronado con nuestras maldades, traspasadas tus sienas con las espinas de nuestros pecados. Escupido y abofeteado, como pudiste aguantar tanta maldad, tanto desprecio? Tú, al que ahora muestran asomado a un balcón, blanco de la arbitrariedad y

la impiedad del mundo, eres fiel reflejo de la indiferencia con la que asistimos hoy día a los atropellos, abusos e injusticias en el mundo.

Y ahora Señor, ahí estas, eternamente expuesto, recibiendo el odio del gentío. Tú que te vaciaste de amor con nosotros, miradlo aquí, este es el hombre, lo grita Pilatos. Y aunque en esta amarga hora te sientas solo Señor, no son ajenos a tu tristezas. Hay una hermandad que te conforta y consuela, y en sus hombros por estas calles de Baena, todos los años, dulcemente navegas.

Noche de Miércoles Santo en Baena, turba blanca, turba negra..., tres Cristos que avanzan entre quejíos y tristezas. San Diego, repartiendo paz y bien como buen franciscano, el cortejo encabeza, apóstoles, sayones, romanos, y trajecillos blancos..., ofrendas, abrazos y prendimiento, y unos tambores roncros sollozando de pena.

Bendito Jesús del Huerto, que en Ti descubrimos al Cristo mas cercano y mas humano. Pues contemplándote nos reconocemos a nosotros mismos, nuestras congojas, nuestras soledades, y nuestros miedos.

Tú que experimentaste el horror de conocer y anticipar el drama de tu propia muerte. Tú que aceptaste la voluntad del Padre, manos entrelazadas, espigas, limones, y sudor de sangre..., y en tus labios, el poder de la oración, que es el poder mas grande.

Romanos y San Diego avanzan, los apóstoles ya han traspuesto, sayones y la turba judía, en la Cruz de Jaspe, protocolos y acuerdos ya dieron cumplimiento. Anochece, y vas quedando solo entre olivos, zarzas y mauletos.

No os vayáis hermanos, que no quiere estar solo Jesús en el Huerto...
dormís hermanos?,
va a ser que sí, Señor, dormimos entre vanidades, pendientes solo de lo nuestro.
No marchéis todos, que triste se queda el Huerto,
ni una hora sois capaces?
ni una hora..., ni una vida, llevamos mas de dos mil años durmiendo.
Volved, volved, que esta llorando el huerto,
ya no oyen Señor, todos..., todos, ya han traspuesto.
Solo queda el Ángel dándote consuelo,
quedaste en Getsemaní abrazado a un futuro incierto,

mas no estas solo Señor, queda el amor fiel y sincero,
de unos trajecillos blancos, palomas blancas del huerto,
que te arropan y envuelven en un abrazo eterno.
Meted los hombros hermanos, elevadlo hasta el cielo,
que ya esta Baena rendida esperando,
a ver la bendita cara de Ntro. Padre Jesús Orando en el Huerto.

El Jueves Santo en Baena, comienza como la santa Eucaristía, pidiendo perdón. Preparando así el espíritu para los Santos Oficios, y para lo que hoy ha de venir. Una magnífica ocasión para ver a la turba colinegra en todo su esplendor, recogiendo y recorriendo nuestras calles camino de la confesión. La cofradía del Jueves Santo también dará cumplimiento con el sacramento de la penitencia en Santa María la Mayor.

Las parroquias se afanan para dejar listo hasta el último detalle en los monumentos, para mas gloria de nuestro Señor, y Baena se prepara para acoger uno de los momentos mas señalados.

**Os doy un mandamiento nuevo –dice el Señor.. que os améis unos a otros, como Yo os he
amado.
(Jn. 13,34)**

De todos los Cristos que hay en Baena, hay uno en carne viva, uno presente y real, uno que siempre nos mira. Y que aunque está siempre con nosotros, se manifiesta de manera especial y adoramos, en la tarde del Jueves Santo. En la tarde del amor fraterno, en esa tarde en que Baena se viste de gala y se lanza a la calle, como si no existiera otra. Un enorme arco iris tomará este pueblo, y se dispondrá a cumplir con el rito de andar las estaciones, para visitar los Sagrarios, centenaria tradición de nuestra Semana Santa.

Aumenta el trasiego de hermanos que van y que vienen, Santos Oficios, recogidas, protocolos y cuarteles. El sol resplandece con avaricia, pero nunca mas que Tú Señor, Tú, que estás y estarás hoy y siempre, esperando en el Sagrario. Una radiante tarde de Jueves

Santo, tome tu cuerpo, tome tu sangre, y sentí..., sentí una cálida caricia en mi corazón, tu caricia de padre..., y el consuelo de tu perdón. Yo, ya lo sabía, todos lo saben, que Tú no te escondes, que siempre sales al encuentro, solo hace falta querer abrirse y rendirse, solo hace falta querer verte, querer sentirte. Por eso en esta sagrada tarde, nos diste tu cuerpo, nos diste tu sangre, y ahí..., ahí te quedaste, en un Sagrario, siempre dándote, y siempre esperando. No hacen falta palabras Señor, solo estar aquí, arrodillado, solo mirarte, estar aquí frente a Ti, estar aquí a tu lado.

El tiempo se detiene, vacío mi mente y me lleno de Ti, amor de amores, consuelo del afligido, fuego que fragua, agua que sacia la sed, remanso de paz, perdón que consuela. Señor, Tú siempre estuviste aquí, en el alma de este sencillo pueblo, que te respeta y venera. Siguen pasando por miles, hermanos, estandartes y banderas, y el tronar de los tambores que todo lo llena. En esta tarde, tarde de Jueves Santo, me diste tu cuerpo, me diste tu sangre, y yo la tomé, te miré con Fe y Esperanza, y Tú...Tú me miraste también, desde ahí, desde el Sagrario.

Mientras tanto, continua la fila interminable de cofrades, que ante Ti, van desfilando. Unos paran un momento, otros se arrodillan, otros entre labios murmuran algo, otros solo te miran, y otros Señor... otros, ni siquiera eso y pasan de largo. Pero yo estoy seguro de algo, de que Tú sí...de que Tú sí Señor, que desde tu bondad y amor infinito, que Tú sí que nos miras. Al que se arrodilla y al que no, al que te ignora y al que te mira, al que se para y al que pasa de largo, que Tú siempre nos estas mirando, y nos bendices desde ese bendito Sagrario Señor, donde siempre, siempre estás, y nos estarás esperando.

«Al que yo bese, ése es; prendedlo!.»

(Mateo 26. 48)

Rayos de luna, ofrendas y abrazos, y de tu mano la bendición. Las piedras del castillo quedaron mudas en la noche infame del apresamiento. Emociones y vivencias enfrentadas, llenas de recuerdos y sentimientos. Se agitan las banderas, mientras los judíos y sayones, ejecutan el prendimiento. Corren rumores por el pueblo...y, si, son ciertos, en Santa Marina, seras entregado con un beso. San Juan sobrecogido observa desde el templo.

Bendita Señor tu cara, y maldito sea ese beso, ya marchan camino del sanedrín los romanos y sus tercios. La cofradía forma ordenada y en silencio, y así comienza la cruel noche del escarnio y menosprecio. Que noche tan triste y oscura, cuanta sin razón y desconcierto, no que siendo el mismísimo Hijo de Dios..., ya lo llevan preso.

Que dulce y amarga tu mirada Señor, en la soga que amarra tus manos, esa que oprime tu cuello quedó preso el universo. Mientras, la gracia de tus virtudes derramas por el pueblo..., canta el gallo y en las faldas del castillo, tres veces te niega Pedro.

Jueves Santo, noche de amor y entrega, cordero pascual, pasión y desconsuelo. Fuiste apresado, y de muerte sentenciado, y un poco mas abajo en la calle Juan Ocaña ya vas abrazado al madero.

Pero no es fácil abrazar la cruz Señor, acomodados como estamos a una vida sin complicaciones, sin compromisos, contemplamos impasibles los males ajenos, desde la televisión y las redes sociales. Percibimos el sufrimiento extraño muy..., muy lejano, aunque lo tengamos a la puerta de casa, y sin embargo, nos quejamos superlativamente del propio.

Que difícil es abrazar la cruz Señor, la enfermedad es cruz, la soledad es cruz, la indiferencia es cruz, la pobreza es cruz, el maltrato, la violencia y el abuso es cruz.. Y no nos damos cuenta que si abrazamos la cruz, te abrazamos también a Ti, Jesús. Y que Tú esta noche, al abrazar esa que llevas entre tus brazos, abrazas con ella también todas las nuestras. Y ahí vas Tú, abrazando la cruz verdadera, esa que nuestro Santo Domingo Henares se negó pisotear y mancillar, y por lo que fue sentenciado a muerte, abrazando así contigo la cruz eterna. Santo Domingo nos dice que no hay redención sin pasar por la cruz. En esta noche de Jueves Santo, no te importó el dolor, ni el sufrimiento, ni la ignominia, ni el desprecio, nada de esto merecías, todo lo hiciste por nosotros, por nuestra salvación.

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”.

Esto dijiste los Apóstoles a los pies del monte Hermón. Negarse a sí mismo significa abandonarse a la voluntad de Dios, sin condiciones..., hermanos, estamos dispuesto a ello? En esta noche te compadeces y acoges en tu abrazo, a todos los perseguidos por tu causa, a

todos los Santos Mártires, ellos ya se negaron a sí mismos, y lo hicieron como Tú lo hiciste..., hasta la propia muerte.

Tanto pesa, pesa tanto... el leño del madero, tu zancada divina, tu maltrecho cuerpo. Túnica encarnada, y la mirada perdida en un amor tan grande como el universo. Sigue tu camino Nazareno, con tu cruz verdadera, en esta noche de espanto, camino del calvario.

Dios hecho hombre, corona de espinas, clavos, madera.....y una angustia infinita reflejada en su tez morena. Cordero Divino que aguardaste el suplicio con humildad y paciencia, casi desnudo, sentado en una fría piedra. Quizás te acordaste en ese momento del Salmo del Rey David, aquel que decía: ***“miré si alguno se entristecía conmigo, y no lo hubo, busqué quien me consolase y no lo hallé.”*** Humilde Jesús, compadécete de todos aquellos que como Tú se enfrentan, atribulados y abandonados, a todos a los reveses de la vida. De los desahuciados física, material y moralmente. Y en particular, de los que al igual que Tú, esperan el final de sus días abandonados del mundo, en la mas completa soledad.

La humildad es la madre de todas las virtudes que puede atesorar el ser humano. Pues si aplicamos esta a todo lo demás, a nuestra forma ser, a nuestra forma de vida, nos enriquecerá como personas y ganaremos crédito ante Dios, y el respeto de los demás.

Con el convencimiento de que la verdadera humildad, esta en mirarnos y reconocernos en nuestras imperfecciones, en nuestros pecados, en nuestras limitaciones. Por eso Señor, en esta noche de Jueves Santo, que la visión de tu sagrada imagen, al pie de Santa Marina, entre tus cuatro hachones de fuego, nos haga mas humildes de palabra, de obra y sobre todo de corazón.

Béquer decía que la soledad es el imperio de la conciencia, y en esta noche, en la soledad, esa que me proporciona la tela de mi capirote, delgada, pero aún así eficaz para aislarme del bullicio de fuera, y así poder encontrarme contigo, y conmigo mismo. Desde allí dentro, te observo, en tus ojos me miro, en tus labios escucho la razón de ser de mi Fe y de mi esperanza. Y en la palma de tu mano, esa que en la que apoyas tu mejilla, deposito mi corazón. Siento un pellizco en el alma, verte así, abandonado en tus tristezas, verdadero espejo donde mirarnos. Suenan las baquetas, pero no quiero despertar de este sueño de Jueves Santo. La fila avanza, suenan los roncós pellejos, toda una vida te llevo siguiendo, la procesión ya se marcha y todo queda en silencio...

Prendido...

a pesar de ser un hombre bueno,
sin pecado y sin delito,
de haberse deshecho en bendiciones,
de ser justo y compasivo,
traicionado, vendido y cautivo,
en Baena es hecho prisionero
entre las murallas del castillo.

Treinta monedas de plata,
amargo beso, en falsos labios de amigo,
apresado entre romanos, sayones y judíos,
las manos benditas atadas,
con las sogas del olvido.

Prendido y abrazado el madero,
un Jueves Santo de amor,
acarreando nuestros pecados,
así se entregó el hijo de Dios,
amarrándose a nuestro destino.

Prendido ante la enorme pena
de San Juan, el más joven y fiel contigo.
Tres veces cantaba el gallo
para certificar el abandono por miedo,
el reniego de tus amigos.

Prendido, desnudo y humillado,
de tus vestiduras despojado,
ya resuenan los ecos de los clavos y martillos,
la tabla con la sentencia,
con letras de sangre han escrito.

Y Tú, paciente, sereno, y ensimismado,
despreciado, indefenso, y afligido,
sentado en un frío y duro risco,

esperas perdonando en silencio, entristecido,
el mayor de los martirios.

**“Nadie tiene un amor mayor que éste. que uno dé su vida por sus amigos.”
(Juan. 15.13)**

Perdón, luto y misericordia en el silencio mas profundo. Porque aquí en Baena, también habita el silencio. Porque hay silencios que duelen cuando calla la conciencia, silencios que mudos gritan y se expresan. Silencios que rezan..., silencios olvidados de los que nadie echa en falta..., ni nunca se tendrán en cuenta, silencios que ahogan el alma en sollozos y pena.

Corre por la Almedina un vientecillo fresco, impregnando la madrugada de aire puro de mi pueblo. Y el aroma de este barrio palaciego, lleno de tantos y viejos recuerdos..., evoca aromas a fortaleza, a calles empedradas, a cal, a paredón viejo, a cuna de señorío. Y huele a castillo y huele a convento.

Clara noche estrellada, preludio sereno de una cruz que al espíritu embarga. Las estrellas esta madrugada son brillos lejanos que auguran esperanza, y anuncian a un Cristo clavado en la cruz, que al corazón nos llama. Entre tanto, en la oscuridad se intuyen oraciones en paz y en calma.

Cuatro faroles encendidos custodian tu divino cuerpo, suena la tambora, y cadenas que se arrastran, cuando pasas a nuestra vera repartiendo perdones, y sembrando..., silencio.

Por eso, esta madrugada eres mas que nunca del que pide en silencio, del que se emociona en silencio, del que derrama lágrimas en silencio, de los corazones que rezan en silencio.

Ya se acerca el fúnebre cortejo, ya se vislumbran entre sombras tus crispados dedos. Tu cuerpo ensangrentado, tu rostro dolorido, tus ojos cerrados..., Y la muerte..., la muerte en tu gesto, dejando al pasar nuestras conciencias, gimiendo en silencio.

Mescolanza extraña y hermosa de sentimientos, de pena, por un Cristo muerto, y un clamor dolorido que atraviesa mi pecho..., Cristo esta muerto..., y aunque en la lejanía suenen los tambores, en un remanso de paz navego..., y siento mi alma volar en el Via Crucis, acompañando tu cuerpo, entre la gélida brisa y el viento.

Se acercan, buscando el cruce, tambores de sonos arrepentidos, con su toque de amargura y pena, son tambores enlutados que van pregonando que Cristo a muerto..., que Cristo ha muerto en silencio..., que Cristo ha muerto en Baena. Y no habrá suficiente noche para cubrirlos de negro. Y lloran las piedras, y llora el cielo, y llora la luna, y lloran las nubes que pasan. Lloran las callejuelas, el tejado y los aleros..., lloran las veletas, llora el campanario, y las campanas esta noche..., lloran en silencio. Porque esta madrugada en Baena la noche..., se hace mas noche..., y el silencio..., más silencio!

**“Y le seguía una gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían
lamentación por Él.”
(Lucas 23:27)**

Madrugada de Viernes santo, que se detenga la noche, que nadie duerma, como se podría dormir, conociendo lo que ha de venir. Los ojos cargados de sueño, cansancio acumulado en las piernas, pero que no amanezca esta noche, que sea siempre perpetua, que a Jesús el Nazareno, en San Francisco la carga de la Cruz le espera. Paso sobre paso, Baena pone camino a cumplir su penitencia. Sigo un rastro de rezos, un revuelo de cornetas, de ofrendas, apóstoles y profetas. Jesús ya salió entre lágrimas, vivas y saetas, y ahora a entre dos luces en la Cruz de Jaspe espera. Rechinan los dientes, cruje la madera, caminan pies descalzos cumpliendo sus promesas.

Desde la distancia, entre las sombras, impone tu presencia. Suspendido sobre un amoroso mar morado, cruz sobre cruz, peso que no pesa, hombro con hombro, hombro con

madero, son hermanos de amor cargados y son alfombra de tus penas. Nazareno de Baena, susurra el viento, eres blanco de miradas que la tuya ansiosamente esperan. Que tendrá tu mirada Señor, que todo lo sana, que el alma enciende, que todo consuela.

Ahí va Jesús camino del calvario, su rostro grandioso y sereno, treinta y tres cruces le siguen, y a hombros de sus hermanos, avanza humilde siguiendo al verdadero madero en el que esta tarde elevaran su cuerpo. Romanos, turba negra que ruge con tambores como truenos, velas, cirios, virtudes, Santa María Magdalena rota de pena. San Juan con sus tambores roncós y su amor joven y verdadero, y la Verónica con su paño, asomándose por las esquinas esperando el encuentro. Pueblo y Cofradía caminarán junto a Ti, unidos en un mismo sentimiento. Mañana de viernes Santo, quejíos de lamento, dos interminables hileras y lágrimas emocionadas que afloran en silencio. Auto sacramental, costalico, sentencia y prendimiento.

En esta mañana en el que todo aquel que te contempla experimenta una auténtica catarsis, aquí nos tienes Señor, como siempre. Siempre de tu mano en Ti confiando, siempre agradecidos, siempre rogando, siempre esperando ese pequeño o gran milagro, siempre siguiéndote, siempre en Ti abandonándonos, siempre teniendo presente la dulzura de tu rostro, pues en Ti vemos el rostro de Dios más humano.

Que tienes Nazareno de Baena?, sostenedor de nuestros afanes, cobijo de nuestros secretos. Nosotros que transitamos por este mundo efímero, en Ti ponemos nuestros ojos y nuestro amor eterno, cuando asomas por las esquinas de este cansado pueblo...

...Y al ver tu cara divina,
el alma se encoge en un revuelo de escalofríos y sentimientos,
oraciones al cielo, rodillas al suelo, enternecidos esperando,
que tu santísima mano, con un suave movimiento,
produzca de nuevo el milagro,
y bendiga a este pueblo,
...como cada Viernes Santo.

No se muy bien que es lo que pasa, yo solo se Señor,
que al encontrarnos en el camino,

dentro..., muy dentro de nosotros se remueve algo.

Y es que aquel que se cruza contigo,
ya nunca..., nunca podrá pasar de largo.

Ya se que debo irme,
mi cuadrilla..., me esta esperando,
pero es que Señor, no puedo..., no puedo dejar de mirarte,
ante Ti, los pies clavados al suelo,
como cada Viernes Santo.

Y así por generaciones,
desde hace cientos y cientos de años,
que en esta fría madrugada..., miles de corazones,
andan siguiendo tus pasos.

Por muy lejos que se encuentren,
aunque les falte el aliento,
o desfallezcan de cansancio,
siempre aquí estarán de vuelta Señor,
como cada Viernes Santo.

Y Tú, a pesar de arrastrar ese madero,
de cargar la pesada cruz,
nunca dejarás de mirarnos,
porque al mirarnos escuchas,
porque al mirarnos perdonas,
porque al mirarnos consuelas,
y así quedan cumplidas todas nuestras promesas...

Baena se cruzó en tu camino,
y ahora descansa en tus manos...
porque aquí quisiste quedarte, y no pasaste de largo,
por eso te pido Señor,
Nazareno de Baena, que como cada Viernes Santo

...nunca dejes de mirarnos.

**“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en Tus Manos encomiendo Mi Espiritu.
Y habiendo dicho esto, expiró”
(Lucas 23:46)**

Tarde noche de Viernes Santo, recogida de parroquias, Santo Entierro, noche terrible de muerte y de espanto. Niño Dios que precede y anuncia un Dulce Nombre, Dulce Nombre de Jesús. Jesús bajo el peso de la cruz, tres caídas, tres quebrantos. Noche en el que San Juan, amado y fiel amigo, recibirá el corazón de la Madre. Noche en que Santa María Magdalena, se nos presenta doliente, al pie del Calvario, ahogada en lágrimas y desconsolada en su pena. Noche en la que aletea en el aire el acompasado ritmo, pausado y enronquecido, de los tambores enlutados de los Judíos Arrepentidos. Noche en el que las alabardas sayonas, en señal de respeto, lánguidamente desfilan enfiladas hacia el suelo. Noche en que la turba blanca..., blanca como la sal de la tierra, la sal del Evangelio, con su atronar proclaman un lamento, que Cristo va a morir, que Cristo ya está muerto.

Por eso Baena llora esta noche lagrimas de cera color sangre. Baena enmudece ante tu mirada perdida, ante tu agonía, ante tu sufrimiento. Colgado, tus manos y pies cosidos al madero, tu cuerpo vencido por el peso de nuestros pecados. La muerte, prendida en tus labios, apenas un suspiro, apenas un aliento. Majestuoso, rebosando humanidad y divinidad. Mirad..., ahí va, colgado el mismísimo Hijo de Dios, la calzada arriba, poco a poco expirando, poquito a poco muriendo.

Que Baena llora esta noche lágrimas de cera color sangre, a que sabe la muerte en tus labios Jesús?, saben a hiel y a vinagre. Boca reseca, muerte amarga, y apenas en un susurro murmuraras siete palabras. Que más se puede pedir, que más se puede dar?. Perdón desde la cruz, perdón y piedad. Perdónalos Padre, no saben lo que hacen. Perdónanos Cristo de la Sangre, que aún seguimos sin saberlo, y seguimos crucificando, con nuestros prejuicios, con nuestras críticas y con nuestros vetos.

Que Baena llora esta noche lágrimas de color sangre, por un Cristo reposado en el regazo de su Madre, desvaído y yerto, los ojos cerrados, los labios resecos. Los sones de sus romanos elevan su alma al cielo, y los hombros portadores, son soportes de un galeón dorado que navega rumbo al universo. Y Tú que nos hablas Padre, sin palabras, en silencio, nos pides, rezad por mi Madre, que pobrecita está sufriendo. Miradme pueblo mío, en sus benditos brazos, ella que un día me dio la vida, ahora se aferra a mi cuerpo destrozado y muerto.

Y ahora, en esta triste hora, cuando todo se ha cumplido, tu cuerpo reposa en un tabernáculo sagrado que aquí en Baena es un Cáliz de ébano, cristal y plata. La sangre reseca, las heridas surcos letales de tu pasión. Santo Cristo del Calvario, que amortajado vas, bañado en sangre y en llanto. Sufriste la maldad, los mas bajos instintos del hombre, persecución, injusticia, traición y abandono. Cristo yacente, eres camino, verdad y vida eterna, pues muriendo en la cruz, venciste a la muerte.

Tu cuerpo, vencido, ahora descansa en la fría losa del sepulcro, y nosotros descansamos en Ti. Sintiéndonos abandonados, pero no de Ti, pues confiamos esperanzados en tu promesa, sino abandonados en Ti, como Tú te abandonaste en las manos y en la voluntad del Padre en Getsemaní. Que en esta aciaga hora y en las que vengan, no huyamos de tu lado. Que no te neguemos, y seamos valientes como las Santas Mujeres, como José de Arimatea y Nicodemo. Hagamos nuestras las palabras de San José María Escrivá:

“Yo subiré con ellos al pie de la Cruz, me apretaré al Cuerpo frío, cadáver de Cristo, con el fuego de mi amor..., lo desclavaré con mis desagrazos y mortificaciones..., lo envolveré con el lienzo nuevo de mi vida limpia, y lo enterraré en mi pecho de roca viva, de donde nadie me lo podrá arrancar, ¡y ahí, Señor, descansad! “

Y una espada atravesará tu alma...
(Lucas 2:35)

Como? ..., es cierto..., lleváis razón..., pero no ha sido olvido.

No me he olvidado de Ti Madre, como podría olvidarme de Ti, que llena de gracia acogiste en tu seno a nuestro Señor, el Salvador?

He querido traerte hasta aquí, para alejarte del dolor de tu hijo, para apartarte de la triste visión de su pasión, del horror de su muerte. Para consolarte, para abrazarte y acurrucarte.

Como podría olvidarme de Ti, que quisiste quedarte amparando este pueblo en la bendita pared de una ermita, y que desde allí con un amor infinito siempre nos miras.

Como podría olvidarme de Ti, si a lo largo de los siglos has estado presente en el corazón de Baena y de sus gentes. Cómo podría olvidarme de Ti, que eres ocho veces reina en nuestra gloriosa Almedina, Ntra. Sra. del Carmen, Santa Marina, Milagrosa, Madre de Dios, Consolación, Esperanza, de la Cabeza, Santa María y Del Amor.

Como podría olvidarme de Ti, si eres del dolor consuelo, si eres Madre de todas las madres, si eres luz en las tinieblas, si nos libras de todo mal, si Tú, Madre, eres la puerta del cielo.

Como podría olvidarme de Ti, de tu carita morena, alegría de la chiquillería, que con tu ramito de olivo en tus palmas, el Domingo de Ramos te vas desangrando de amor por las calles de Baena.

Como podría olvidarme de Ti, Dolorosa del huerto, de tus lagrimas Madre, de tus suspiros, de tus lamentos. De Ti, que sentiste romperse tu pecho con una amargura infinita. Señora del Miércoles Santo, como puede haber en el mundo una carita tan dulce detrás de tanta pena escondida?.

Cómo podría olvidarme de Ti Esperanza, dime..., que haría sin Ti ese viejo barrio que te acoge, que haría si Ti Esperanza..., sin tu presencia Señora?..., que harían sin Ti los vestigios del castillo, y si no pisaras todos los Jueves Santo las piedras de esas calles. Que haría sin Ti la Torre de los Cascabeles que cuando te asomas a la puerta, es la primera en saludarte. Y que haría yo sin Ti Esperanza, que me enamoraste con tu cara de niña, sin mi tierno recuerdo infantil, siempre junto a Ti, sin tu perfume de rosas. De Ti que me alumbraste en mis primeros pasos cofrades, y que de celeste y blanco siendo aún un niño entre mantillas, de tu mano fui.

Como podría olvidarme de Ti Dolorosa Nazarena, de tus lágrimas, de Ti que arrecía vas deshecha llorando en la fría madrugada del Viernes Santo, de las lágrimas que escurren por tus mejillas. De Ti que no hincaste la rodilla ante el dolor de tu hijo, firme como la roca, con esa sobrehumana fuerza que da el amor que solo sabe dar una madre. De Ti, que eres refugio de todo aquel que te pide..., de todo aquel que te reza..., de todo aquel que con devoción y respeto, todos los viernes del año al Nazareno tu hijo se acerca.

Como podría olvidarme de Ti Angustias, que rota y loca de dolor acurrucaste a tu hijo muerto en tu regazo. Que acongojada acariciaste su pelo, besaste su cara y su cuerpo, como cuando era un niño y sobre el derramabas tus mimos. De Ti, afligida y desesperada en un mar de lágrimas. De tu lánguida mirada perdida, desesperada y sin consuelo, que entre tambores y cornetas mecida, vas por Baena queriendo despertar de un mal sueño.

Como podría olvidarme de Ti Soledad, de tu corazón traspasado, de tu esperanza perdida, tan vacía, de tu sufriente pureza. Abandonada del mundo, de tu rostro portento imaginero de delicadeza, aferrada a la corona y los clavos que estrujas entre tus dedos. De Ti Soledad marchita, Soledad dolorida, Señora de las tristezas, Soledad..., emperatriz afligida. En Ti reconocemos el dolor de todas las madres que la prematura perdida de un hijo lloran y rezan.

Que mas te puedo contar de este pueblo Señora, que tu ya no sepas, tu nos conoces. Quedaste aquí rota en la penitencia, y también feliz en tu majestad gloriosa. Abrázanos, contárganos de Ti, de tu fortaleza, de tu amor, de tu dulzura, de tu confianza. Míranos y transfórmanos, nos postramos ante Ti con la esperanza de algún día ser al menos un poquito como tú. Por todas estas cosas y muchas mas Señora, sería imposible, sería impensable..., sería imperdonable..., olvidarme de Ti..., Madre.

En él se alegra nuestro corazón, y en su santo nombre confiamos.

(Salmo 33.21.)

El Sábado Santo, es en Baena, ese día en el que nos zambullimos de lleno en la ambigüedad. En esa especie de sinrazón inexplicable, que cuanto mas cerca estamos de la gloria, mas la

tristeza nos invade. De querer y no querer, de que lleguen estos días, pero de que no pasen, como si quisiéramos congelar el tiempo. Y en cierto modo es casi entendible, las arcas comienzan de nuevo a abrirse, y si hace unos días para ir rescatando ropas y enseres, ahora próximo está el momento de ir plegando y recogiendo. Han pasado seis días en un soplo, en un suspiro, con la intensidad que se viven las cosas que se esperan, se aman y se sienten de verdad. Entregados a ello con pasión y casi sin conocimiento.

La borriquita corretea de nuevo tranquila en Betania, las palmas cuelgan de los balcones, Jesús quedó orando en el huerto, preso en el Castillo, con su cruz cargado en San Francisco, y en Guadalupe, de momento..., muerto y sepultado. Hemos visto cumplirse las profecías, hemos vuelto a vivir, casi nada, tres prendimientos del Señor. A ver a las dos impresionantes turbas de judíos, coliblanco y colinegro, en su ir y devenir, de paseo, recogiendo y en procesión.

Han resonado en nuestros oídos el tronar de miles de tambores. La Magdalena quedó el mismo día encarnada, envuelta en lágrimas al pie de la cruz por la mañana, y al anochecer con su pena enlutada, y aún nos queda una, que aquí en Baena, Magdalena, son tres, como tres son San Juan. Hemos visto a Nuestra Señora deshacerse en lágrimas. Hemos estado con Adán y Eva en el paraíso terrenal, y hemos escuchado al mismísimo Dios impedir el sacrificio de Isaac.

La Santa Verónica se apresta a guardar en su corazón el paño con el bendito rostro de Jesús. Hemos aspirado olor a incienso, y encandilado nuestros ojos con las artísticas imágenes de nuestra Madre y de Cristo nuestro Señor. Hemos cargado con amor el peso de sus tronos, y hemos reencontrado, y abrazado a familia y amistades.

Seis días van, y ahora nos disponemos a grabar a fuego todo esto en nuestro recuerdo. Pero no vayamos tan rápido, recordáis? De domingo a domingo siete días van, que de siete aún queda uno, queda el mejor. queda....el que da sentido a todo lo anterior, queda celebrar la Pascua, la Pascua de Resurrección. Esta noche, se disparan las tinieblas, y la luz de la vida se abrirá paso desde las parroquias a todos los rincones de esta antigua villa.

Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.

(Juan 11:25)

Y mañana..., mañana al amanecer en Baena, entre los aceituneros del llano de Guadalupe, podremos ver de nuevo a María Magdalena, tan guapa, tan bella, buscando a nuestro Señor. Ella aún no lo sabe, pero será la primera en ver la Resurrección, premio a su valentía, nobleza y entereza, premio a su constante amor. No hubo miedo, firme estuvo toda la pasión al lado de nuestro Señor.

Y esta plaza, que negra y enlutada el Viernes Santo quedó, se vestirá de nuevo de fiesta, de luz y de color, judíos, romanos, y todo el pueblo de Dios, espera a que se abran esas puertas para ver resucitado al Redentor. Tambores roncros, varas blancas, judíos con su tambor. Nuestro Señor Resucitado, con el triunfo en la mano. Magdalena, blancos, amarillos, lanzando destellos dorados como el Sol.

Inexplicable lo que siento al verte, que entre unas manos te vi nacer, moldeada en barro, poco a poco tu rostro dejándote ver. Inspirada en la mujer cordobesa, nos dijo Arjona Navarro, maestro imaginero y escultor. Y bien inspirado que estuvo, para reflejar en ella la belleza en todo su esplendor.

Y no podía faltar a este encuentro la más grandiosa, la Madre, encarnada, revestida de realeza, doblemente coronada, reina de los cielos y reina de la tierra. Y el Rosario en sus manos, Rosario de nuestros amores, verdadero regalo de nuestra Madre, y que es palabra viva de gloria y gracia, y expresión de misericordia divina. En las perlas de tu Rosario Madre, llevas escritos nuestros nombres. En tu rostro..., rubores de gozo y de alegría, y en las borlas de tu palio, llevas prendidos aromas a incienso y ave marías.

Vienes a nuestro encuentro entronizada, majestuosa y solemne.

Con tus varaes y techo palio, con tu saya, manto y toquilla,
y el bastidor, y los engarces, con tu medallón de gloria y bambalinas,
que no le falta detalle, rebosante de alegría,
perillas y borlones, con tus hilos de seda y oro, basamento y hornacinas,
que hermosa vienes Madre, entre el júbilo y algarabía,
con tu crestería, llamador y candelería, y los guardabrisas, fanales y canastillas.
Santo Domingo a tus pies, Santo Baenense en su reliquia,
y los encajes, y tu rostrillo y sobre manto, y rematando esta regia estampa... tu corona
isabelina.

Así de resplandeciente te nos manifiestas Madre, en este glorioso día.

Pero todo esto, siendo tan esplendido y hermoso, todo esto te digo, que al tenerte cerca y contemplarte. Al presenciar tu rostro divino, todo se desdibuja..., todo se desvanece, pues no hay belleza mas grande, ni que mas resalte, ni reflejos que mas llenen y alcancen, que la hermosura de tu cara bendita.

Como sería ese encuentro Madre, como ese abrazo, como ese beso. Fray Luis de Granada comienza un hermoso texto así.

“No sale tan hermoso el lucero de la mañana, como resplandeció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del Hijo resucitado y glorioso...”

Habrà mayor emoción?, escúchame Baena, no estés triste, se hace saber, que hoy todo esto parece que se acaba, pero que no se termina. Como cuando llegue el final de nuestros días. Jesús nos lo ha mostrado, no se quedó en la muerte, que es Dios de Vida. Que hoy parece acabar, pero que no se termina, hoy comienza la Pascua, por eso hoy...

Hoy te pido señor, yo, que tantas veces te acompañé camino del calvario, con una cruz, con una vela, o con un tambor. Que al igual que San Dimas el buen ladrón te pidió, acuérdate de nosotros Jesús. Que cuando llegue el ultimo viaje de nuestra vida, nos acompañes al puerto seguro y prometido. Pero antes, danos unos segundos de aliento, para que podamos susurrar tu nombre, para pedir y recibir tu perdón, para poder irnos en paz de este mundo.

Para escuchar un último redoble en la Almedina, ver un último amanecer desde la Torre del Sol, una última mirada a nuestro pueblo, recibir un último beso de quien nos quiere Señor... Que cuando abramos los ojos, ya en la eternidad..., veamos tu bendito y dulce rostro, rodeado de nuestros mayores, de nuestra gente. Y que cuando llegue esa última hora, en un amanecer dorado de un domingo radiante, de la mano del Rosario y la Magdalena, te acompañemos también Jesús por estas calles de Baena.

Porque un esplendoroso domingo, a las puertas de Guadalupe, Tu resucitaras en Baena..., y Baena, resucitará contigo. Y como cada primavera, volverá a renacer este pueblo, y

volverá a sentir el tambor y la devoción fundidos con el viento..., como lo hacen las nubes que atraviesan su cielo. Y contigo, resucitarán los corazones y las ilusiones..., y las campanas y los tambores proclamarán tu gloria Señor. Y el sol resplandecerá sobre todas las casas, y deslumbrarán todas las atalayas, y en el eco de los tambores se elevará y resonará tu nombre, Jesús, sobre todas las calles de nuestro pueblo.

Y penitentes, profetas, romanos, apóstoles y virtudes, resucitarán contigo , Jesús,
y trompeteros, evangelistas, sayones y abanderados, resucitarán contigo...
y el judío con su tambor resucitará contigo...,
y la esperanza, y la ilusión resucitarán contigo,
y correrá el agua limpia y clara en los arroyos...,
se templará la tierra,
florecerán los campos,
brotarán las semillas,
retoñarán las aceitunas,
crecerán altos los tallos del trigo,
renacerá la luz y el color,
y el negro y el luto quedarán por siempre proscritos...

Ahora Baena, nuevamente ahí quedas, allá en el horizonte, encaramada en tu cerro, con tu castillo de leyenda, con tus ermitas y tus iglesias. Siempre esperando, con los brazos abiertos Baena, por siempre inmortal, por siempre eterna.

Pero no estés triste..., Alégrate Baena, sigue viviendo!..., sigue soñando Baena!..., y que suenen..., que suenen los tambores, que repiquen las campanas, todos los días de nuestras vidas, porque Jesús ha vencido a la muerte..., en Baena...

RESURRECCIÓN!!!

